

SOMBRIO DESPERTAR DEL AVESTRUZ

Ena Lucía Portela

*“Por su mutismo y por su gracia
y por su carne irreprochable, infusa de ámbar
y de oro en las proximidades de la axila.”*

Saint-John Perse

Meter las dos manos. Profanar tu terrorífico francés lleno de huecos, esas horribonas traducciones de Baudelaire, mal hablar de galicismos. Decirlo de una buena vez, pero bien alto para que oigas bien “¡Qué torpe eras, carajo!” Darte sus cuader-

nos de la Alianza y sorprenderse con el anuncio de que no le vas a echar cianuro en el café. (Siempre olvida que no puedes verla ni en pintura a pesar de que la buscas en los días buenos de la Cinemateca para evitar el saludo.) Meter las dos manos en esa cabecita de una sola neurona a ver si por fin entiendes: no hace falta que envidies su cara (bajo ninguna circunstancia) pues ella o envidia tus piernas. Meter las dos manos y los ojos y la boca en ese cuerpo tan bonito (como puedes ver, no se considera superior ni pasa por alto tus excelentes cualidades). Otra vez acariciarlo y llenarlo de besos desde los pies hasta los rizos rubios sobre la frente, un metro y cincuenta y cinco centímetros más arriba (demasiado para un hai-kú y demasiado poco para una saga, pero no importa: ella inventaría algo). No imaginas. No imaginas, ma petite, cuanto lo ha soñado.

Ese tipo que camina al lado tuyo es asquerosamente normal. No le cuesta nada llevarte de la mano en público, rodear tus hombros con gesto varonil para alabar tu inteligencia y tu cultura. Con su voz amelcochada.

Como plana y recortada de los adoquines la vi por primera vez frente a la Plaza de Armas, la espalda hacia los Capitanes Generales. Ella iba de romance con un amigo mío mientras yo deambulaba entre triste y aburrida por los lugares que solía pintar al pastel en otros tiempos. Nos saludamos y mi amigo le dijo mientras me señalaba "es ella". Soy inocente, pensé. Pero entonces la muchacha inició un atropellado discurso sobre lo mucho que le había gustado mi cuento, que esta durísimo y si era una historia real. Mi amigo advirtió que se trataba de "Dos almas perdidas nadando etc". (He escrito otros cuentos y no sé por qué algunas personas la tienen cogida con ese). Le di las gracias por lo de durísimo (?) y en cuanto a si era una historia real o no, le sugerí que lo averiguara por su cuenta. Yo no conocía con exactitud el significado de la combinación "historia real", pero lo suponía y no deseaba aún tener la certeza de que una muchacha tan atractiva hiciera preguntas tan tontas. Tal

vez fui un poco brusca pero creo que le agradó mi respuesta, pues me dijo sonriente "me llamo Laura".

Un vegetalito curioso, iniciado en los impulsos de la lucha por echar raíces. Si alguna persona pudiera detener los movimientos y contar con una por una las cosas raras a su alrededor, ella le preguntaría por su medidor de rarezas (al que le hable de consenso lo manda al carajo). En pleno movimiento y si la persona en cuestión le gusta, guardaría silencio ante ... por ejemplo, un vegetalito curioso, iniciado en los impulsos de la lucha por echar raíces.

Prometí una vez no hablar de mí ni de mis relaciones con las muchachas que me han impresionado. Pero las promesas no se hacen para ser cumplidas (yo no sé para qué se hacen las promesas) y así pues, afirmo que soy delgada, nerviosa, tengo una cara bastante bonita (y vulgar), no soy virgen, ni buena deportista, tengo supersticiones con las arañas, fumo cantidad y en diciembre cumpliré veinte años. En cuanto a Laura... mejor no poner etiquetas. Se la puede encontrar en la Cinemateca siempre y cuando programen ciclos franceses, mucho mejor si se trata de Alain Resnais.

Allí la encontré al cabo de un par de semanas. Sola y basta del muchacho, "los hombres son unos estúpidos", le dijo, aunque ella no le había preguntado por su amigo. A él lo ha visto en otras ocasiones y le ha contado como diez veces la historia de los traumas de Laura: los padres, las guaguas, la escuela, los anticonceptivos y, para colmo, medio frígida, todo eso otra vez sin que ella preguntara nada.

Esa tarde, mientras intentabas memorizar las frases más grandilocuentes del guión de Marguerite Durás, no parecías tan traumatizada. (Ella tiene sus dudas acerca de lo que es o no un "trauma") A lo mejor no te acuerdas. Llevabas un vestido negro que te hacía lucir aún más pálida, con tus piernas

fantásticas y tu nariz de zapato. Ha soñado también con meter las dos manos en una esfera mágica para evitar las molestias que te causan sus críticas a tu nariz (o sea, no meterse contigo)... ¡Después de todo te queda bien!, pensaba ella y en las muchas cosas que podrían hacer juntas, aunque no tienes que preocuparte: las dos o tres veces que se masturbó primero imaginándote y luego recordándote desnuda no logró concentrarse lo suficiente para llegar al orgasmo. (Hace unos días probó de nuevo y tampoco dio resultado). No era eso. Aunque algunos lo duden, en mi vida existen cosas más importantes. (Ya comienza a defenderse ¡qué ridiculez!) Yo puedo leer los mismos libros con una muchacha y hablar sobre ellos sin predecir nada, sin saber nunca, durante la búsqueda, a donde se va a llegar y no vaya esto a manera de bla bla blá justificativo (en verdad no tengo por qué justificar nada, lo que pasa es que soy demasiado condescendiente.) Con una muchacha, dentro de ciertos límites, yo puedo hablar casi de cualquier cosa. En cambio, encontrar un hombre que no te malinterprete es una hazaña de titanes. Y yo no puedo besar ni acariciar a quien me malinterpreta, además de.

Aburrida ella de Coppelia y para mí lo mismo, nos sentamos en el muro del Malecón. A una orden invisible obviamos la calle (¡qué maravilla!) de medio lado y a las olas, no tan negras bajo la mirada del reflector. Hacía tiempo deseaba conocerme porque mi cuento y otra vez mi cuento y yo desde chiquita mi tía Marcella, según le dijeron, después la Alianza, claro, ayuda para esa erre aplastante, irreconciliable con su antiyámbica garganta, reine des coeurs de la baraja.

—¡También sabes inglés?

—Muy poco, no soy ninguna erudita —saltar de un asunto para otro ante la más remota posibilidad de dificultades con el mito—. ¿La película? En mi opinión, infame, el guión es lo único que sirve... y la actuación de ella a lo mejor...

—¡Cómo es eso! ¿De verdad que no te gus... —No. Y cambiar otra vez de tema con su hábito, linda avestruz, de ignorarlo todo excepto.

Comenzaron a verse, por casualidad como quien dice, casi todos los días. Y eso que Laura había iniciado su búsqueda por el lugar más equivocado del planeta, o sea, la Casa del Té, donde solían reunirse ciertos personajes extrovertidos para hablar idioteces desde la apertura hasta el cierre. Una gordita casi cuadrada llorando en una mesa, Laura un cigarro echa un poco de humo no te pongas así la aproximación inevitable y mi amiguita sorprendida. ¿Qué esperabas, eh? Después le da lástima con “las brujas” porque la gente las mira mal, les dicen “cada cosa” y otras razones indefinibles. Las marginadas. De cualquier forma, las brujas no mostraban demasiada predilección por Laura y las muchachas como Laura, donde no hay nada seguro.

Increíble necesidad de compañía Laura. Pasaban los hombres y los lugares, ese cambio artificioso de realidad y después los días largos y vacíos, sin deseos de hacer nada en esta ciudad llena de tedio. Aquí, allí, en un parque de viento, ni siquiera triste o cansada para la tarea de envejecer, deseosa de encontrar a alguien.

Persuadida de que el ambiente es importante para la mayoría de las personas, la ayudé un día a arreglar su “cueva sin murciélago”. Se cansó enseguida y de lo más instalada en un sillón me decía, sin mucho entusiasmo, quiero esto o aquello. Con su gusto puñetero. Un almanaque de los Pink Floyd (¡qué tipos más feos!) en la pared de playwood, sobre su escoba Aura colgada del techo (ridiculeces que se ponen de moda), el librerito repleto de novelas policíacas y números de aquella espantosa revista llamada “Enigma” y una caja de madera. A pesar de sus protestas no escribí ni un letrero en la pared. (“No pise la yerba ¡fúmela!”, “Virgen María, tú que concebiste sin pecar, permíte-

nos a nosotras pecar sin concebir", "Dios no existe. Laura. Laura sí existe. Dios". y mierdas por el estilo). Hay que preservar el entorno de la transculturación. Tiernamente coloqué un CENICERO después de sacar 18 754 1/2, colillas de abajo de la cama. No sé, por primera vez, creo, sentí deseos de abrazarla.

Laura escuchaba con atención cualquier trivialidad que se le ocurriera decirle. Y se escapaba con las más impensadas conclusiones. Invernarse de nombres, fechas, calles y teléfonos como las serpientes los animales grandes. Se divirtió mucho cuando leyó un artículo de un granjero de Africa del Sur donde decía que las avestruces practican todas las manías imaginables excepto meter la cabeza dentro de un hueco. El tipo era un experto. Muy cerca de ella respiraba, pues, la única zancuda de la Tierra enterradora de su propio cerebro al preguntarle (insinuaciones según su parecer) por una cantante famosa o una antropóloga sueca, por qué la dedicatoria equívoca de aquel libro de poemas en francés

Fourmillante cité, cité pleine de revés,
Où le spectre en plein jour recroche le passant.

y, por supuesto, mi cuento.

Tan indefensa parecía a veces con su inveterada tristeza de ser digamos indiscreta, la rutina de su perseguir y estar siempre a merced de los cazadores, que pensé en protegerla, sobre todo de mis amigos y los suyos, quienes fingían (o tal vez) no soportarla. Sin embargo, por extraño que resulte, no la protegí de. Sobrevino aquella diminuta tragedia de Laura con sus padres (pretexto para seguir adelante) por no sé bien cual incomprensión, "déjame dormir en tu casa, esta noche nada más, si no me suicido", etc. De vez en cuando pienso que intentar proteger a alguien es una idiotez. No sé.

Hacía una noche loca. Entró para dejar en la calle el cansancio de la calle. Los ojos de Laura en la oscuridad no se preguntaban la fórmula para ser valientes y la siguieron hasta su cuarto, donde por fin encendió una lamparita, después de los tropiezos de Laura con.

¡Hay que ver la cantidad de mentiras que nos dijimos! Fui a la cocina a preparar jugo de naranja y le propuse que se quitara la ropa para sentir menos el calor (ventilador roto). Cuando regresé con el jugo me desvestí yo también. Lo agradable de todas nuestras mentiras era que ambas presentimos lo poco efectivo del engaño.

Le ofreció un vaso, enorme y amarillo, y encendió un cigarro. (A la sombra de los reflejos tornasolados del dominó sobre su boca, como transcribió luego al dorso de una pedante mitología, torpe intento de extirpar un poema a las brutalidades del sexo). La vista fija en sus senos puntiagudos. (Un estilete el delicioso disimulo de ella para mirarme a mí). Yo no acertaba a sentir una intensidad en lo inverosímil de la situación, nada más estremecimientos "donde yo sé" disueltos en algo parecido al deseo. Se dejó de poesía. Tiró el cigarro por la ventana y le sugirió apagar la luz, aún conociendo de antemano la respuesta.

—Le tengo miedo a los duendes.

—¿Qué son los duendes? —preguntó.

—Cosas de la oscuridad... —dijo Laura.

—En este barrio no hay duendes.

—¿Cómo puedes estar segura?

Como gustes, Laurita. No era la primera vez que le sucedía algo así. Cuando ella tenía quince años, Alina, una muchacha pelirroja, la convenció de la existencia de gnomos, trasgos y HADAS. Mírame todo lo que quiera con esas cuchillas debajo de los rizos. Asfixia tu única neurona en el pie de grabado tan mal puesto por mis detracciones y apologistas (es tan modesta que se supone varios centenares de jueces). Un negativo de mi perfil y debajo la sarta de insensateces: "Su secreto es un lánguido surtidor de verdades a medias: admira con el mismo ímpetu de sueños a la Diana de Cabies y el Apolo de Belvedere. Tal vez los personalice en sus desbordes de entusiasmo por la belleza griega. Encuentra placer en la ambivalencia y sus actitudes podrían ser el devenir de

algunos momentos de vida junto a
una diosa rubia y temperamental que
exigía humillaciones como prueba de
amor

y de otros muchos momentos de vida junto a otras mujeres, diosas del perfecto desequilibrio. Tiene un tatuaje, una mariposa urania, en algún rincón de su cuerpo de amante imprevisible, siempre adolescente." Y es todo.

Si lo prefieres, Laura, puedes dejar para más tarde el afán por conocer de mí la máscara de porcelana, por qué no voy a la casa del Té, si es verdad que fui "compromiso" (¡Mira las palabrejas que se pescan en la cofradía de las brujas!) de una cantante famosa provista de hijos y marido y luego de una antropóloga sueca, si la cicatriz en el hombro es el recuerdo de una aventura demasiado turbulenta. ¿No te interesa saber por qué las supersticiones con las arañas? ¿Por qué sus pinturas al pastel (malísimas, por cierto) de La Habana Vieja? ¿Por qué un trébol de cinco hojas en el llavero? ¿Por qué Albert Camus y Raymond Radiguet? ¿O cualquier otra cosa que merezca ser descrita, eh?

Se acostaron abrazadas para sentir menos el frío. Asumíamos la ceremonia infantil de girar un termostato gigante para mi cuarto y el mundo con todas las protestas de ingenuidad concebibles en dos simuladoras.

Pero Lucía tenía miedo. En sus incursiones de invasora y en su juego por conocer si yo era o no era eso mismo que nunca mencionaba delante de mí creía haber llegado demasiado lejos. Cerró los ojos a la manera de hipotéticas avestruces. Algunos afirman que en estas cuestiones no hay curiosidad que valga. Bueno, allá ellos. Yo, por si acaso, le advertí que no esperaba nada de ella, en otras palabras "no te preocupes, haz lo que tú quieras. ¿No te das cuenta de que no tengo motivos para sentirme mal, sino todo lo contrario? Y de ahí en adelante una sarta de palabras con intenciones reconfortantes. Pero, mientras hablaba, la corriente de sus ideas fluía en otra dirección. Superlativa importancia había otorgado Laura a todos sus criterios y era capaz de odiarla (a Laura le fascina el odio) si llegaba a suponer que ella la menospreciaba o algo así. ¿Y si, para colmo, con su discursillo, estuviera poniendo obstáculos a la loable misión de Laura de convertirse en tremenda tipa? (El concepto "tremenda tipa" siempre permaneció oculto).

En otras circunstancias ella hubiera dado con la solución del dilema. (Está segura de ser muy hábil.) Pero mientras le acariciaba esa parte del cuello donde está el nacimiento de su pelito y sentía sus pezones, duros contra mi piel, la exploración de sus manos por la línea de mi espalda y el cálido riachuelo. (¡Qué forma tan tonta de decirlo) saliéndonos a las dos, no podía casi pensar.

Soez y gratuito, puro pornografía, objetaba para sus adentros a la tentadora idea, salida no se sabe de dónde, de escribir un relato (a fin de cuentas éste) sobre Laura. Pero la idea persistía, rodeada de besos en los labios, nuevas simulaciones de lo casual, un adentrar las manos en territorio desco-

nocido como demostración de heroicidad y ciertas paráfrasis absolutamente innecesaria sobre el erotismo de Norma Jean. (Nunca imaginé que el poster frente a la cama pudiera provocar extrapoblaciones tan irreales en aquella muchacha).

Deseaba encontrar un símbolo para cada objeto, cada acción, pero sin perder tampoco el atavismo que existe en algunos actos sólo concebibles como prolongación de esa bestia, la mente humana.

Un desastre: casi mordidas en su cuello, flores rojas, besaba sus hombros, sus senos, una vuelta despacio para acariciarle las nalgas y la espalda, diciéndole aún lo que no recuerda con tal de esconder su miedo poco a poco, al tiempo que ejercía una búsqueda de oraciones efectivas como liturgia de este cuento. Pero, falso fracaso, la única traducción de esfera, su mente, era que el cuerpo de Laura, más que lindo, estaba raquísimo y con eso veinte mil obscenidades más, por cierto, bien directas.

Vicio infame el de ser escritor. Meter las dos manos hasta el fondo en la matanza de páginas en blanco, por turno indefensas ante el rodillo de bisabuela Remington, meses después, para recordarte toda Laura sin reproches, desprovista de "Tú" (índice tremebundo) "eres una farsante, tremenda hija de puta... ¡A mí sí me gustas los hombres!" (a mí también, un poquito) "¡Y no me digas más que soy estúpida!" (nunca, nunca jamás) "No tengo por qué estar dependiendo de ti, lesbiana de mierda".

¡Buen vocabulario! ¡Te felicito! Porque al principio le dolió lo de farsante (a lo mejor es verdad, pero no le gusta que se lo digan) y lo de hija de puta (totalmente incierto) aunque tu última frase la hizo reír al adjudicarla, sin malicia, a cualquiera de las Trece Colonias en contra de la pérfida Albión. Para recordarte, decía, toda tú como te imagina ahora y sabe bien que en realidad no eres, en el aparatoso párrafo que sigue a continuación.

“¿Consagrados la corza y el jabalí desde el finibusterre en la calzada, amelga de carbones encendidos en Castabula de Sicilia para la Isis de los egipcios, Milita de los persas, Astarté de los finicios, Meni Reina del Cielo de los hebreos y Alillat de los árabes, día-noche, resplandor de los luceros juntos, un segundo ceñidor, carcaj terciado a la espalda, impoluta, inmarcesible, Diana Febea?”

Nada de eso vale ahora (pero quería darme el gusto de decirlo) pues no tiene nada que ver con Laura, a pesar de su olor a hierba, sándalo o carne iridiscente un poco más lejos, ojos sin párpados del fondo del mar, la punta de mi lengua. Porque resulta demasiado cinismo y basta de ese pensar en literatura mientras Laura gime los pedazos de su aleación de sensaciones con las manos fundidas en el borde de la cama y yo despierto al animalito color de rosa, quien sabe cuántas veces maltratado por la indiferencia de los normales.

Al principio figuras. Cruces, círculos y rombos imperceptibles. Luego, más profundas. De tan húmedas, sin voluntad. La diestra una araña de superstición hacia la cadera, fuerte, para besar después las marcas de los dedos. La zurda sobre la concavidad más al norte, polo magnético, a los pezones incautos (¡Ah, Laura, visión inolvidable!) Descubrir el punto exacto y prolongarlo hacia arriba y hacia abajo. Suponer los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—¡Déjame ya!! —aprieta los muslos, valvas moluscas, y le revuelve el pelo— ¡No puedo soportarlo! ¡Es corriente!

Con la boca toda embarrada de Laura ella alza la cabeza.

—¿Corriente?

—¡Coño, electricidad!

“¡Qué tonta y qué linda eres!” piensa.

Meter las dos manos con todo lo que implican de modelar en arcilla una otoño maquia para encerrarte con este placer nunca sentido pero que sabías parte de ti. Besarla por todas partes otra vez hasta que vuelve a abrirse y su primer orgasmo es un premio. “Nunca fue así” dijo luego y casi se pone a conceptualizar, tonta y linda como de costumbre.

Buscó durante mucho tiempo la supuesta mariposa urania, sin detenerse para imaginar sobresaltos y futuras lágrimas y cianuros en el café.

—¿Quieres que te lo haga yo a ti?

No lo esperaba. No sé si lo esperaba.

—Si tú quieres... —con una cara de “sí, estoy loca porque así sea”.

Su iniciativa de amor (¿y por qué no?) me deshojó de mí, desenterrando mis nervios con la urgencia impostergable de estallar, dar gritos y quemarme dentro del inmenso charco de fuego frío. No descubrir nada más que la mariposa urania, posada en la penumbra del poster de Norma Jean.

Laura esta noche. Y una virtual Safo, virtualmente tatuada que no pretende ejercer como enano provisto de sed-contra ni payaso normal y no por envidia, complejo de castración ni otras porquerías psicológicas, sino porque, a despecho de los criterios emitidos por los tipos más autorizados de la Historia, ser mujer es un gran arte (hay quien dice que sólo los hombres pueden ser virtuosos en él, pero yo no lo creo). Es el poder de transformar nuestra sustancia en violín y violinista al mismo tiempo. Laura esta noche violín y violinista para llover conmigo uno por uno los mil pétalos de yoni y yoni, la formidable corola.